

pre, y en cifra no escasa. No existe maestro alguno, por muy competente y culto y experimentado que sea, que no aprenda constantemente algo al enseñar.

Los maestros graves, severos, imperiosos, fanáticos de la disciplina, estatuyen en torno suyo una muralla infranqueable para sus alumnos; con lo cual se hacen antipáticos, y sus tareas vienen a ser tan laboriosas y fatigantes como poco fructuosas.

El buen maestro no se manifestará [nunca desabrido. El buen maestro será siempre un amigo, el más noble de los amigos, para todos y cada uno de sus discípulos. El buen maestro deberá esforzarse, ante todo, por hacerse amar; por conquistar la firme seguridad de que siempre, aunque los años pasen, ha de ser recordado con viva ternura por aquellos seres a quienes ayudó a formarse y avalorarse. No hay culturizador tan prodigioso como el Amor. Todo buen maestro logrará erigir la escuela en una prolongación del hogar, en un santuario de fraternidad, en una escala de sublimación.

El maestro, para conseguir inocular en los niños esta disciplina voluntaria, tendrá que ser muy sereno, muy paciente, muy clemente, un inconturbable comprensivo; por nada se irritará, por nada gritará, por nada ofenderá ni mínimamente a los niños; tendrá siempre orlado su rostro con una sonrisa de cariño y de perdón.

Para disponer en todo evento de tal inconcluible paciencia, es necesario entrar en el magisterio con potentísima, con indeclinable, con muy definida vocación; pensando en los pequeñuelos y en el deleite de contribuir con ellos a su avanzamiento multiforme, más que en la remuneración monetaria.

El edificio pedagógico.

Los precedentes cimientos podrían, en última y concentrada simplificación, siempre ventajosa para mejor desentrañar, sintetizarse en uno solo, en el puro cultivo de la razón infantil. Cultivando la razón sin desarticulamientos ni ataduras, todo lo demás se recibe por decursante derivación.

Con estos cimientos insustituibles e insensibles, es dable construir el edificio de la Pedagogía, con facilidad suma y en todo lugar y tiempo. Todos los edificios que se levanten sobre referidos fundamentos, podrán diferir los unos de los otros, en ciertos detalles re-

sultantes del gusto de los constructores; pero todos coincidirán en lo capital y serán propicios al gran liso y trascendente fin a que son destinados. Lo importante, lo primordial, lo absolutamente ineludible consiste en fabricar todos los edificios pedagógicos sobre los basamentos enumerados. Sólo así, los maestros de cualquier clase y grado llegarán a ser los doctos alarifes de la Pedagogía única y verdadera.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO.

MANANTIAL

Entre espadañas, mirto y romeros,
en calurosa tarde estival,
hicieron alto los tres viajeros
ante las aguas del manantial.

Robles gigantes le daban sombra,
césped florido formaba alfombra
junto al venero murmurador;
y el agua clara, corriendo pura,
prestaba al campo dulce frescura,
hojas al árbol, vida a la flor.

Su sed calmaron los caminantes,
y a los fulgores agonizantes
de la serena tarde estival,
escrita vieron esta sentencia:
«Procura siempre que tu existencia
sea como el agua del manantial.»

No es mal consejo—dijo el más mozo—
y al comprenderlo siento que el gozo
llama a las puertas del corazón;
como el arroyo se trueca en río,
correr el hombre debe, y con brío
hacerse grande por la ambición.

—Es buen consejo—dijo pausado
otro viajero grave y honrado;—
hay que ser puros para vencer;
como las fuentes son las criaturas,
y almas y linfas han de ser puras,
si cual espejos han de esplender.

—¡Noble enseñanza! ¡Sabio consejo!—
dijo el viajero caduco y viejo;—
la sed templemos y, en odio al mal,
el bien hagamos con ansia inmensa,
sin esperanzas de recompensa,
como las aguas del manantial.

LEÓN TOLSTOY.

(Versificación de M. R. Blanco-Belmonte).